

La Esfera Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON BLANCO ROJO

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53

COLABORADORES:
TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM. 587.

MURCIA 28 DE JULIO DE 1901.

¡QUE CALOR!

¡Qué calor! digo y repito.
Siguiendo de un modo tal,
vamos á morir igual
que San Lorenzo bendito.

Este tiempo, francamente,
me tiene desazonado,
porque nunca me ha gustado
estar tan incandescente.

El bochorno de estos días,
que me está quemando vivo,
es además un motivo
de muchas anomalías.

Aunque sé lo que me pesco
en cuestión de mujerie,
de ellas desdenes ansio,
para quedarme tan fresco.

Un poco vicioso soy,
como todos los mortales,
y si en busca de unos reales
á la lotería voy,

como mi suerte no es mucha
y al hado no hay quien resista,
siento luego al ver la lista,
el efecto de una «ducha.»

Siempre me puedo aburrir
contemplando como un bobo,
el termómetro, que en globo
parece querer subir.

Y al observar asombrado
tantos grados sobre cero,
ni el recibo del casero
consigue «dejarme helado.»

Estando como una yesca
tengo el genio siempre adusto
pero nunca me disgusto
si me sueltan «una fresca.»

Y como ofenderme creo
que es tonto, me causa risa
cuando de noche, si hay brisa
alguien me «manda á paseo.»

Es decir, que este imprudente
calor, que ahogándome está,
resultado á mi me dá
siempre contraproducente.

Aún falta más y no es poco,
para aumentar mi coraje:
con calor no hay quien trabaje,
¡ni con el frío tampoco!

IGNACIO G. LARA.



LO QUE MATA AL HOMBRE

Cansados estamos de oír á mu-
chos que la destrucción del hom-
bres se determina sobre otra cau-
sa, por las cavilaciones del estu-
dio ó sea por el trabajo mental
de las tareas literarias, científicas
y administrativas.

No es cierto; lo que aniquila
la naturaleza son los vicios, las
malas costumbres, los desórdenes,
y en algunos los disgustos de to-
do género que amargan la exis-
tencia cuando esta se debilita por
aquellas causas y al cabo de los
años.

El hombre metódico, que estu-
diay escribe adquiriendo y desen-
volviendo ideas, si no ha sido gas-
tado en otra cosa su organismo,
cada vez trabajará mejor, con
mayor facilidad y con éxito más
seguro, pues su cerebro donde
preside la facultad distintiva
de la especie humana, se sentirá
mas vigoroso con dicho ejercicio,
como lo han demostrado todos
los grandes estadistas que alcan-
zaron muchos años en la vida
pública, donde la lucha moral es
laboriosa por todos extremos y
en la que verdaderamente las

fatigas corporales por falta de re-
poso y de sueño, debieran causar
estragos en las naturalezas de
esos políticos que la historia nos
señala, discurriendo cada vez me-
jor, apesar de su ancianidad
siempre que su conducta priva-
da haya sido intachable.

En cambio examínese la histo-
ria del hombre que desde la pu-
bertad se entrega á los vicios
y se verá cuán pocos prevalecen
á un corto periodo de orgia y los
que resisten, como quedan al lle-
gar á su vejez, siempre anticipa-
da por una decrepitud fuera de
tiempo; achaques, atontamiento
de cerebro y otros sintomas que
hipócritamente se atribuyen al
estudio y á las vigiliass que dicen
les impuso el trabajo mental que
sin tasa se dedicaron en su ju-
ventud.



¡VAYA SI LE COSTÓ!

—(•••)—

Hay en nuestra sociedad
pobres de solemnidad
que por pueblos y ciudades,
mostrando deformidades
excitan la caridad.

Paseando el otro día,
vi pidiendo con descaro
á un tuerlo de quien decia
la gente que antes veia
con los dos ojos muy claro,

y no hallando ocupacion
lucrativa y de provecho
para excitar compasion,
se puso el ojo derecho,
como un pimiento morrón.

Y aunque pasó mil horrores
y perdió el ojo, es lo cierto
que hoy recuerda sus dolores
diciendo:—Amparad, señores,
á este pobrecito-tuerto.

Y no hay un bicho viviente
que al mirarle no lamente
su mal y no le socorra,
y viviendo así «de gorra»
lo pasa divinamente.

Aunque la gente murmura
del mendigo y asegura
que es su vida regalada,
y que sin costarle nada
va labrando su ventura,

él exclamó incomodado
que no poco le ha costado
su ocupacion, pues declara
que lograr lo que ha logrado
cuesta.... «¡un ojo de la cara!»

J. RODAO



LA ENVIDIA

Cual reptil inmundq se apodera
de muchos corazones, envilecién-
les y ahogando sus buenas cuali-
dades.

El ser que tiene la desgracia
de sentir su mordedura veneno-
sa, me inspira una viva compa-
sion.

Me considero llena de defestos,
pero tengo la suerte de no alber-
gar en mi corazon tan mezquino
y grosero sentimiento, al con-
trario, me embeleso ante el ta-
lento, admiro los sentimientos no-
bles y elevados, procuro imitar to-
do lo bueno que descubro en de-
terminados séres, y en vez de de-
nigrarles para oscurecer su gloria,
los elevo más y más.

Y cerrando los ojos ante sus de-
fectos, procuro imitar sus cualida-
des sin inmiscuirme en su vida
privada, pues considero que no hay
nadie tan puro que pueda con ra-
zon arrojar la primera piedra á los
que considera culpables.

¿Para qué blasonar de adelanta-
dos si empezamos por no sabernos

